

Domingo Melfi

Dos parejas de tordos...



UANDO cruzamos el valle de Copiapó, en viaje a Norte América, nos dimos cuenta que a bordo del avión viajaban cuatro pasajeros que no figuraban en la lista del pasaje. Se habían mantenido en silencio, como si trataran de burlar la vigilancia severa de las aduanas o como si estuvieran sometidos a estricta censura... El sol resplandecía ya sobre los valles que alcanzábamos a divisar entre los cerros pelados de aquella yerma costa del norte chileno.

Habíamos salido de Santiago hacía pocas horas con la noche cerrada aún. La nerviosidad natural que provocan los viajes aéreos, nos impidió, de inmediato, ver los rostros de los pasajeros que serían nuestros compañeros de ruta. Santiago aun dormía. Las luces brillaban abajo; el avión ganaba poco a poco la altura, en enviones profundos, horadando el océano de sombra en el cual divisábamos los puntos de oro de las luces de la ciudad. Todos íbamos en silencio y sólo el zumbido de los potentes motores rezongaba interminable en aquellas

soledades. Más tarde, hacia el oriente, sobre las cumbres, la noche se deshizo en una cinta amarilla. Pero a ras de tierra aun dominaba la negrura. Se perfilaron luego los bosques, los ríos como hilachas de plata y vimos algunas casas minúsculas dispersas en los valles. Subíamos y subíamos. Algunos minutos después fulguró el sol en la plenitud de su grandeza. El mar estaba azul y sólo en el confín lejano la bruma retrocedía lentamente.

Fué entonces cuando escuchamos el leve silbido familiar. ¿Qué podía ser? Pasaron breves segundos y a medida que el sol llenaba la cabina del avión iluminando todos los rincones y descubriendo los rostros que parecían tan extraños, volvió a escucharse el silbido seguido esta vez por el agrio y típico juraré... juraré... de los campos chilenos. Entonces nos levantamos de nuestro asiento y nos dirigimos hacia el punto de donde había salido aquel carraspeo característico. Nunca lo hubiéramos creído. Y sin embargo lo fantástico estaba ahí, a cortos pasos de nosotros. Mister Edwin Holmes, inglés que iba a Norte América, para luego seguir viaje a Inglaterra, llevaba en una jaula de mimbre, nuestra jaula chilena, dos parejas de tordos. Apenas si pudimos contener una exclamación de asombro y de alegría a un tiempo. Quería decir que nosotros viajábamos con un trozo del campo chileno, que con nosotros iba algo de la tierra chilena?

Porque en verdad a dos mil metros de altura, so-

bre unos valles ásperos y secos, desolados como tierras de tormento. viajaban con nosotros los corredores de las casas de campo, los sauces que se mojan en los esteros, las tías enamoradas de los tordos, la vocinglería de la media tarde sobre las viñas y los cercados de los potreros. Mister Holmes sonreía en su rostro de niño viendo nuestra admiración. Era un hombre todavía joven, de rostro jovial, alto, con unos ojos azules limpios y de apariencia candorosa. Estaba inclinado sobre la jaula cuando nos acercamos a él, y miraba con ternura singular esas cuatro avecillas negras, encerradas en el rectángulo de palos amarillos que era la jaula. A cada cierto tiempo les daba unas hojitas de lechuga y derramaba, en unos pequeños tiestos de latón, semillas de alpiste, por entre los frágiles barrotes. Y como si los tordos adivinaran nuestra sorpresa, lanzaron de nuevo el típico canto de los saucedales: juraré... juraré... Los ha reconocido!—observó Mr. Holmes.—¿No son ustedes chilenos?

—En efecto, respondimos, ... nos han reconocido... Pero—añadimos... —Es que también se despiden de Chile, de los campos... Estamos ya cerca del último puesto de la frontera chilena... Llegaremos muy luego a Arica...

Y en efecto, al llegar a Arica, se inmovilizaron en una actitud de monjes filósofos, la misma que suelen adoptar a veces cuando se posan en la rama flexible de los sauces. No volvieron ya a cantar ni a jurar, durante todo el trayecto.

Había variado el paisaje y las tierras eran otras. Encima de la costa del Perú volábamos sobre zonas amarillentas. El avión se internaba un poco y desde arriba divisábamos vastos espacios de arenales glaucos. A veces cruzábamos estrechos desfiladeros, grietas como arrugas que tajaban la tierra martirizada como por espantosos cataclismos. A la altura de Chiclayo, se ofrecieron retazos verdes, líneas arquitectónicas sobre la tierra, canales rectos como líneas del ferrocarril. Luego volvíamos a encontrar el yermo y terrible silencio torvo, hecho de tierras rojizas y de puntas de cerros leprosos que se erguían igual que los restos de las conmociones lunares. El aire vibraba ensordecido por los motores incansables y un soplo caliente y húmedo nos envolvía en una niebla luminosa. Para descansar de aquel desierto de piedra y de rocas, volvíamos la vista hacia el mar, liso y azul hasta lo más remoto del horizonte.

—¿Cree Ud. que resistirán el viaje, Mr. Holmes! —preguntamos.

—Oh... seguro,—nos respondió—y agregó, siempre con su sonrisa ingenua: yo adoro estos pajaritos... Son lindos y cuando los vi en Chile me enamoré de ellos... Conseguí estos cuatro y me los llevo a Inglaterra... :

Los cuatro tordos estaban inmóviles. Parecían escuchar con atención las palabras de su amo ocasional. Levantaban las pequeñas cabezas y observaban a través de los barrotes la curiosidad de los pasajeros. Se habían unido otros y todos contemplábamos este cuadro

extraño, la jaula de mimbre, los cuerpecillos retintos, los ojos que se abrían y cerraban, en el aro amarillo de los párpados...

Mr. Holmes atendía a las avechitas como si fueran niños. En Balboa nos tocó hacer el viaje desde el aeropuerto hasta el hotel, en el mismo auto. No permitió que nadie tomara su jaula. Tampoco había permitido que los empleados de la aduana que sonreían satisfechos, se sobrepasaran con sus pájaros. Los norteamericanos de la estación aérea de Balboa, recibieron lecciones de historia natural que no esperaban. Mr. Holmes contó a un grupo que observaba atentamente a estas aves todo cuanto él sabía de ellas. En el largo y complicado registro de la aduana, quedaron también anotados estos pasajeros que hasta entonces hacían por primera vez el largo cruceo hasta Inglaterra.

En el hotel, los negros sensuales e indolentes que servían jugaron con los tordos. Acaso sintieron que eran los pájaros primitivos de la selva. Canturreaban junto a la jaula que Mr. Holmes colgaba en el marco de una ventana sobre una de las calles afebradas de Panamá. Abajo rumoreaba esa muchedumbre pintoresca que iba y venía bajo un clima tórrido, sudorosa pero jovial... Un rumor endemoniado en el que se mezclaban las risas, los cantos, las voces de las orquestas de los bares, subía hasta la pequeña jaula en la cual sufrían agudas nostalgias esas avechitas acostumbradas a la libertad de los campos chilenos. A la hora de la tarde ellos añoraban, seguramente, la sombra de los sauces, sobre

el agua de los esteros. Evocaban quizá las viñas y los frutos de las huertas. Durante los tres días que estuvimos en el hotel, perdimos de vista a Mr. Holmes. La mañana de nuestra partida a Miami vimos aparecer en el aeropuerto, la alta y delgada silueta de Mr. Holmes. Llevaba en su brazo, el abrigo de gabardina y en la otra mano la jaula. Los tordos parecían contentos. Nos saludamos con alegría.

—Mr. Holmes... ¿cómo han pasado los tordos?

El rió alegremente como un niño al cual le recuerdan sus aventuras.

—Oh... magnífico... Levantó la jaula en alto y frunciendo los labios silbó unas notas. Los pájaros removieron sus cuerpecillos inquietos abriendo las alas tal que si quisieran volar. Empezaban quizá a acostumbrarse con el amo inglés que se los llevaba sin que ellos pudieran saber a dónde. Mr. Holmes dejó la jaula sobre unas maletas y se acercó a una ventanilla. Mientras hacía revisar por milésima vez sus papeles, nosotros nos pusimos a contemplar los tordos. Era aún muy temprano para la partida hacia Miami y otros pasajeros del avión a México esperaban también su turno. Comenzaron a acercarse hasta la jaula. Para todos, aquellas aves negras constituían una novedad. Todos interrogaban acerca de la cualidad de estas aves. Nos vimos obligados a dar nosotros un pequeño curso sobre estos pájaros que decoran las huertas y los campos de Chile. A veces M. Holmes, desde su puesto en la cola, cerca de la ventanilla, volvía la

cabeza, nos buscaba con la mirada y nos saludaba alegremente. Quería decirnos: «gracias» y al mismo tiempo, «estoy orgulloso con el éxito obtenido con los pájaros chilenos» . . .

Estaba amaneciendo sobre el campo, cuando nos hicieron colocarnos en la parte exterior del aeródromo. El avión que iba a México acababa de partir y los pasajeros de Miami fuimos llamados para prepararnos mientras acomodaban el «cliper» en la cancha. Mr. Holmes avanzó hacia la puerta por donde todos debíamos salir, con su jaula en alto. Un empleado del aeropuerto, fué llamando uno por uno y por su nombre a los pasajeros, y pidiendo los pasajes. Cuando nombraron a Mr. Holmes, alargó sus papeles y advirtió con la más sana de sus sonrisas, levantando la jaula:

—Y además cuatro tordos . . .

Lo dijo en inglés, dando a la palabra *tordo*, una acentuación especial anglo-española que provocó la risa de todos.

Salimos hacia el campo de aterrizaje. Mr. Holmes colocó la jaula cerca de una galería en el suelo. Estaba todo azul en esa mañana de Panamá. El sol aun no había aparecido y los cerros cercanos se veían de un oscuro color violeta como de laca. Un azul de añil intenso vibraba sobre el ancho campo. Abajo, las masas verdes de los árboles formaban contraste con aquel violeta magnífico que iba poco a poco transformándose en un celeste pálido como de ensueño.

De pronto comenzaron a revoletear por encima de

nuestras cabezas unos pájaros negros parecidos a los tordos. Chillaban estruendosamente y acercaban sus vuelos hasta cerca de la jaula. Por momentos era mayor la cantidad de estas aves que acudía a lo que a nosotros nos pareció un saludo a las aves chilenas. Nadie supo decirnos cómo se llamaban. Eran un poco más grandes que nuestros tordos y sus chillidos estridentes recordaban el parloteo áspero de nuestras caturras. Pero era, ciertamente, admirable esta coincidencia que se producía cuando con nosotros viajaban los pequeños habitantes de las huertas de Chile. Mr. Holmes tomó la jaula y la colocó presuroso en un lugar más seguro. Entonces los pájaros comenzaron a alejarse poco a poco y por fin se dispersaron sobre el campo, a la distancia. En ese instante vimos teñirse la cumbre de los cerros con un amarillo intenso. Comenzaba a aparecer el sol.

No hay en este breve relato nada que no sea auténtico. La aventura de Mr. Holmes nos pareció a nosotros extraordinaria. Un inglés llevaba a su patria dos parejas de tordos. Se había encariñado con esas avecitas y quería darle una sorpresa a su familia que esperaba su regreso después de un largo viaje por los países de Sud América. Lo único que había llamado vivamente su atención habían sido estos tordos y lo único que llevaba de vuelta a su patria era esa jaula movible, ocupada por los personajes para nosotros más conocidos y vulgares de nuestros campos. Mr. Holmes creía que estas aves podían multiplicarse en los climas fríos y

brumosos de su tierra. Nosotros le dijimos que estas eran aves de climas templados, de sol y de campos con esteros y sauces. El nos dijo que también en Inglaterra había rincones campestres que podían ser para ellos, tan acogedores como un lindo campo chileno.

En Wáshington, en la Estación de Ferrocarriles, entre un tumulto de gente en la mañana de nuestra llegada, cuando salíamos hacia la calle, divisamos a Mr. Holmes que caminaba detrás de un negro cargado con su equipaje. Iba con la jaula en alto, como siempre y la blandía por encima de la cabeza de los pasajeros que se estrechaban en la puerta de salida.

Haciendo esfuerzos nos adelantamos por entre la muchedumbre hasta darle alcance. Una vez cerca le tomamos del brazo:

—Mr. Holmes... felicidad!...

Se volvió y al reconocernos lanzó una alegre carcajada...

—Oh... los chilenos... Gracias... Ya ven ustedes... Hasta aquí sin novedad...

Levantó más alto la jaula..., Los tordos chillaron esta vez, su característico juraré... juraré...

Se despedían quizá de nosotros.

Mr. Holmes agregó:

—Son avechitas educadas... Desde que salimos de Chile... es la única vez que han abierto el pico... Se despiden... de ustedes,.. Good bye...

—Good bye... contestamos...

Después, los remolinos humanos, los automóviles, la calle afiebrada, el rumor sordó . . . los gritos de los negros . . . se tragaron a Mr. Holmes y sus tordos . . .

Ya no volvimos a ver más a Mr. Holmes y su jaula. Nunca más hemos vuelto a saber nada. Ni de él ni de esas aves que nos acompañaron durante el cruce hacia Wáshington. Qué suerte han corrido? Qué será de Mr. Holmes, en ese terrible infierno? Vive en Londres o en su finca, en algún condado lejos de la urbe? Dónde estarán los pequeños tordos, que a medida de que nos alejábamos de Chile nos mantuvieron siempre en medio del corazón Chile?